



V.

VIAJE DEL REY D. FERNANDO Á NÁPOLES.

1505-1509.

Escuadra armada en Barcelona.—Navegación.—Bloqueo de Génova.—Vistas en Saona con el Rey de Francia.—Galas.—Desembarco en Valencia.—El corsario Mondragón.—Retiro del Gran Capitán.—Memorial sobre la guerra del moro.—Abolición del corso.



DESDE la llegada de D. Felipe *el Hermoso* á Castilla estuvieron en conmoción y en riesgo de romper la unidad las provincias del reino, por exigencias del flamenco contrarias al testamento de D.<sup>a</sup> Isabel la Católica. Pertinaz sostenía sus ideales, apoyado por los magnates en varias entrevistas y negociaciones seguidas con D. Fernando, hasta que por concordia firmada renunció éste al gobierno y administración del reino de Castilla, poniéndose en camino del suyo de Aragón.

Allí descansado, decidió emprender viaje á Nápoles, recelándose del ascendiente de Gonzalo de Córdoba por los avisos que sin cesar recibía de personas incapaces de estimar la lealtad acrisolada del Gran Capitán, quejas, como siempre sucede, porque en el repartimiento y recompensas al fin de la guerra, no las alcanzaron, ó las tuvieron menores de las que creían merecer. No satisfacían, por lo visto, al Rey, las cartas del lugarteniente pidiendo con insistencia que le descar-



gara de responsabilidad y diera licencia para volverse á España, por necesitarlo su salud y el cuidado de su familia <sup>1</sup>.

Resuelta la expedición, mientras el conde Pedro Navarro aprestaba, por orden del Rey, cierto número de naves y soldados en Valencia y Tarragona, dirigía D. Ramón de Cardona la construcción de nueve galeras nuevas en las atarazanas de Barcelona, recobrando la actividad que iba olvidándose, porque no armaban ya los catalanes, como solían, en la mar <sup>2</sup>. Conservábanse, no obstante, elementos bastantes para la fábrica, acabada en pocos meses, que dió á la ciudad la fiesta siempre grata de bendición y lanzamiento al agua de los nueve buques á la vez, corriendo el mes de Diciembre de 1505.

En la terminación de obras á flote, armamento y recluta de gente, se consumió otro tanto tiempo, durante el que se fueron reuniendo más bajeles. Cuatro de la escuadra de Sicilia gobernada por Tristán Dolz; uno que armó la Diputación de Barcelona á fin de que fuera con decoro su conceller Francisco de Jimén, y algunos más de particulares, formando un total de 16 galeras y cuatro fustas; la Real á cargo de Mosén Luis Galcerán de Vilamari <sup>3</sup>.

El Rey embarcó el 4 de Septiembre <sup>4</sup> acompañado de su mujer D.<sup>a</sup> Germana, de su hermana y sobrina, reinas que habían sido de Nápoles, de muchos caballeros principales de Aragón, Cataluña y Mallorca, con pocos de Castilla, y la servidumbre. Como escolta le seguía el cuerpo de soldados de á pie y á caballo organizados por Pedro Navarro, en flota de vela compuesta de 16 naves españolas y tres carracas genovesas.

Puestos en franquía los vasos, tuvieron mal tiempo en el golfo de León, que fatigó mucho á las galeras, obligándolas á entrar en Palamós. Las naves se enmararon con orden de

<sup>1</sup> Carta fechada en Nápoles á 20 de Julio de 1504. *Dirección de Hidrografía, Colección Vargas Ponce*, leg. 13, núm. 31.

<sup>2</sup> Zurita.

<sup>3</sup> D. Victor Balaguer, *Historia de Cataluña*. Véase apéndice núm. 2.

<sup>4</sup> Convienen en esta fecha Zurita, Padilla y Capmany; Bernaldez anota la de 7 de Agosto.



fondear en las islas Hieres, lo que hicieron las primeras, por el tiempo que perdían las otras costeadando y recibiendo obsequios en los puertos franceses, continuados en los pertenecientes á la ribera de Génova.

En Portofino, á 5 de Octubre, llegó á D. Fernando la nueva inesperada del fallecimiento de D. Felipe *el Hermoso*, con muchas cartas en que le rogaban se volviera al momento á Castilla, haciendo mayor instancia acaso los señores que tanto intrigaron porque se fuera. Tal es el mundo. El Rey, escritas las letras de pésame contestando, ordenó, no obstante, la continuación del viaje, teniendo verdadera satisfacción al avistar cuatro galeras y tres fustas de la escuadra de Nápoles, que, abatiendo banderas y sonando trompetas, saludaban con la artillería al estandarte real. Hacía esta demostración á su soberano el capitán que le había conquistado el reino de Nápoles; Gonzalo de Córdoba, salido de Gaeta á su encuentro y acatamiento, desmintiendo las hablillas de los suspicaces.

Agregado á la flota real, prosiguió la navegación á Gaeta y Nápoles, donde se hizo entrada solemne, siguiendo á la Real, en fila, 22 galeras empavesadas y con tendales ricos, disparando la artillería. La recepción en tierra, las fiestas y alegrías fueron magníficas <sup>1</sup> y se prolongaron ocho meses, empleados por D. Fernando en visitar el país, reunir el Parlamento, templar voluntades y granjear amigos, preparando el terreno á su sobrino D. Juan de Aragón, conde de Ribagorza, que iba á quedar por virrey, relevando á Gonzalo de Córdoba.

En prueba de amistad al rey Luis XII de Francia, envió, en el tiempo de la estancia en Nápoles, cuatro galeras y dos fustas, mandadas por Miguel Pastor, en ayuda de las que bloqueaban á Genova y reprimían el alzamiento de los descontentos contra la dominación extranjera <sup>2</sup>.

Justamente entraba por entonces en las miras políticas de

<sup>1</sup> Fernández Duro, *Viajes régios*. Resúmense en este libro las fuentes consultadas.

<sup>2</sup> Jean d'Anton, *Histoire de Louis XII*. Paris, 1615



D. Fernando hacerse agradable al soberano con quien había tenido guerra mortal, y se disponía, con asombro de los demás de Europa, á darle la mayor prueba de confianza, poniéndose en sus manos al paso de la ciudad de Saona, donde Luis le esperaba.

Salió de Nápoles la armada real el 4 de Junio de 1507, precediéndola las 16 naves de Pedro Navarro. Las galeras, aderezadas á punto de guerra, se detuvieron pocos días en Gaeta; dejaron en claro los puertos de Ostia y Civitavecchia, excusando la visita á que instaba el papa Julio II, por la urgencia del regreso á España; en Génova esperaron á Gonzalo, ahora duque de Sesa, rezagado por embarcar su casa y efectos; en Saona aparecieron el 28 de Junio arbolando hermosas banderas y flámulas en torno del estandarte real dorado. Iban cubiertas de pavesadas y tendales de los colores del Rey, rojo y amarillo; los marineros y remeros vestidos de lo mismo, y aquéllos con sendos escudos de las armas de Aragón en el pecho. Hasta las velas tenían pinturas de aquellos colores y armas.

Rivalizaban en ostentación las galeras de Francia, y cuatro que había llevado de Génova Gastón de Foix, hermano de la reina D.<sup>a</sup> Germana, sembradas las banderas y adornos de flores de lis, lo mismo que un puente ó muelle de madera, construido expresamente para el desembarco.

El almirante Felipe de Ravestain, el mismo que naufragó en Tarento cuando lo sitiaba Gonzalo de Córdoba, había fondeado por gala una carraca nombrada *La Charente*, que se consideraba entre las famosas de su tiempo. Tenía á bordo 1.200 hombres de guerra, sin los marineros, y montaba 200 piezas de artillería, de las que 14, sobre ruedas, tiraban pelotas de piedra ó de hierro fundido, siendo el resto del género de falconetes y pasavolantes.

Tan luego como la galera real atracó al muelle, entró á bordo Luis XII, abrazó á Fernando é hizo le presentaran en bandeja las llaves de la ciudad, que tomó por cortesía, devolviéndolas en el acto. Salieron á tierra las dos Cortes, á cual más galanes los señores de una y otra.



El rey Luis tomó á grupas de la mula á D.<sup>a</sup> Germana hasta el Castillo, donde dejó instalados á los huéspedes por mejor alojamiento.

Las vistas duraron cuatro días, consagrando una parte á honras y festejos en que fué muy distinguido Gonzalo de Córdoba, sin desatender á lo principal: á la deliberación de los reyes y acuerdo de la política en Italia.

Cuando acabaron la conversación, reiteradas las protestas amistosas, se despidió D. Fernando para seguir la travesía tierra á tierra, ó sea haciendo escala en los puertos, principalmente en los franceses de Tolón y Marsella. El primero de los españoles resultó Cadaqués; tocó en él, sin desembarcar, el 11 de Julio; al de Barcelona llegó el 14, y habló desde la popa á los Concelleres que acudían á saludarle; tampoco puso pie en tierra, en razón á la enfermedad contagiosa que recientemente habia azotado al país; fué á desembarcar á Valencia el 21, donde le esperaba la armada de Pedro Navarro y los 2.000 soldados traídos de Italia, y en la marcha hacia el interior de Castilla sirvieron éstos de argumento para acabar de convencer á ciertos caballeros del temple del conde de Lemos y del duque de Nájera en la contradicción á entregar los castillos al Rey Católico y acatar su Gobierno.

La mayoría de la nación estaba ahita de arbitrariedades y desórdenes, extendidos, no sólo por las ciudades y los campos, sino también por los puertos y la mar, como atestigua el ejemplar de un aventurero osado.

Llamábase Pedro de Mondragón, y era marinero capaz para cualquier cosa. Puesto el ojo en la nave que le parecía mejor, entre las que se hallaban en la bahía de Cádiz, la sorprendió de noche en compañía de gente de su laya, y dando la vela se puso en crucero sobre el Cabo de San Vicente, declarándose *cosario á toda ropa*, calificación equivalente á la más moderna de *pirata*. Unos tres meses <sup>1</sup> anduvo en el oficio desbalijando cuantos navios avistaba, cualquiera que fuese su bandera ó nacionalidad, hasta que la suerte le

<sup>1</sup> De Noviembre de 1508 á Febrero de 1509.



deparó el encuentro de una carraca portuguesa, procedente de Calicut, con especería y sedas, carga suficientemente rica para contentarle. Aunque el Rey, al saberlo, circuló orden á las justicias de la costa, así para detener á los foragidos, en caso de echarles la mano, como para estimular el armamento de navíos particulares, dando desde luego por buena la presa del de Mondragón, admitido por las autoridades de Bayona, vendió los géneros y se fué á Navarra con el producto, perdiéndose su huella en Francia, donde no es de presumir viera tranquilo.

Mondragón, hombre del tipo de tantos más que no han sonado, se había hecho en el período de la guerra de Francia, durante el cual, distraída la atención y los recursos en la campaña de Italia, hubieron los del Golfo de Cantabria de atender por sí mismos á la defensa de los puertos y á la seguridad de las flotas de Flandes <sup>1</sup>.

Así que el rey D. Fernando se vió en Castilla, asegurado su poder, despidió cortesmente al Capitán que le había dado el de Nápoles. Más de una vez, en momentos de crisis, estuvo á punto de llamarle para enmendar los desaciertos de otros; mas siempre dominaron al primer impulso los recelos guardados en el alma. Gonzalo Fernández de Córdoba no volvió á guiar la bandera española en tierra ni en la mar.

Dijo bien Paulo Jovio <sup>2</sup> que no cabían en pocas páginas los hechos de este hombre ilustre: sólo con las fechas de los triunfos que alcanzó, con los rumores sólo que su fama llevó por el universo, se llenaran muchas. Desde que ensayó la espada contra los moros en la adolescencia; desde que los dis-

<sup>1</sup> Real cédula dada en Zaragoza á 30 de Junio de 1438, autorizando á la provincia de Guipúzcoa para armar cuantas naves y fustas quiera contra las de Francia. *Colección Vargas Ponce*, Leg. 1, núm. 5. Otra de Madrid, á 15 de Octubre de 1502, encomendando al Corregidor de Vizcaya estimule el armamento de naos gruesas y carracas para seguridad del comercio. Hay en la misma colección de documentos de Vargas Ponce una cédula concediendo á Juan Ruiz de Irrarazabal, natural de Deva, escudo de armas con una cadena y dos veneras de Santiago, por haber roto la cadena del puerto de Bayona y abordado una nao francesa con un batel, que desfondó. Menciona el suceso también López de Yasti en el *Historial de Guipúzcoa*, aunque en fecha anterior al período de esta guerra con Francia.

<sup>2</sup> *Vita Magni Gonsalvi*.





turbios del reinado de Enrique IV, la guerra con Portugal y la que acabó el dominio mahometano, abrieron campo á su genio, se le tuvo por gran soldado; cuando triunfó de los más hábiles y experimentados caudillos de su tiempo, sin contradicción fué proclamado en el mundo Marte español. Seis mil infantes y 300 caballos parecían pocos para el título sonoro de Capitán general de mar y tierra con que los condujo desde Málaga á Nápoles, mientras no se advirtió que en su mano bastaban para someter el reino. Y volvió á conquistarlo humillando la soberbia francesa, deshaciendo ejércitos cuatro veces mayores que el suyo, abriendo un libro nuevo en el arte de la milicia, y escribiendo con letras de oro en el de la Historia, después de los nombres de las Yeguas, Toro, Flora, Granada, los de Nápoles, Ostia, Cefalonia; Tarento, Barleta, Seminara, Ceriñola, Garellano, Gaeta, cien más que fatigan la memoria. Afable, generoso, amigo del orden y de la justicia, fué tan buen gobernador como soldado, y tan llano, que entre los españoles de Italia, entre sus mismos soldados se le designaba sencillamente por *Gonzalo Hernández*. Don Fernando *el Católico*, dicho está, sospechó de su lealtad, mirando su aureola. Si le hizo duque de Terranova y de Sesa y señor de Loja, le relevó del mando, mortificó su pundonor y le pidió cuentas; cuentas que han llegado á ser proverbiales, sin necesidad del finiquito, «declarando á todas las gentes de aquel siglo y á los que estaban por venir al mundo, los esclarecidos y señalados servicios de su Capitán general, y deseando que aquel testimonio llegara á noticia de todos los señores de la tierra y á todas partes del mundo, y durara para siempre <sup>1</sup>».

El día en que la carrera del caudillo acabó en Granada <sup>2</sup>, fué de luto nacional; no obstante, con las vicisitudes de sus huesos, no respetados, aun se podrían llenar aquellas páginas de que hablaba Paulo Jovio <sup>3</sup>.

Es oportuno el momento á la noticia de un memorial diri-

<sup>1</sup> Zurita.

<sup>2</sup> El 2 de Diciembre de 1515.

<sup>3</sup> *Disquisiciones náuticas*, t. III, pág. 342.



gido al Rey y oculto entre los papeles del cardenal Cisneros hasta estos días en que lo ha sacado del polvo D. Marcos Jiménez de la Espada, poniéndole notas é ilustraciones como él acostumbra y sabe hacerlo <sup>1</sup>. Aunque tiene marcado en la carpeta el año 1506, presume fundadamente el Sr. Espada que debió presentarse con anterioridad á la expedición de Mazalquivir; y en efecto, á una jornada real próxima se refiere el autor desconocido, dando á entender la utilidad que pudiera tener el empleo de su persona, bien como actor, bien como consejero, por la práctica adquirida en muchas algaradas por tierras de moros. Á ellas, según refiere, se dedicaban de tiempo atrás los caballeros, escuderos y hombres buenos de la costa andaluza, singularmente los de Jerez y bahía de Cádiz, menudeando las entradas, así por el Mediterráneo, desde Cabo Espartel á Bugia, como por el Océano desde el mismo Cabo hasta el de Aguer, y no siempre á la ligera en navíos sueltos, sino también en armadas de suficiente significación para traerse á casa 400 y aun 800 esclavos, y para rendir y ocupar de momento poblaciones ó plazas fuertes, tales como Azamor, Casa del Caballero, Fadala, Mamora, Taraga y Tagaza.

La narración, apoyada con los nombres y entidades de los capitanes y adalides, tiene importancia, porque en las crónicas ó en las historias generales no hay rastro de tales empresas, sin duda por ser producto de iniciativa popular en que ninguna intervención tenia la Corona, salvo la licencia de armar, sin dificultad concedida siempre, por lo que acreditan los formularios del rey D. Juan II.

Discurre el exponente lo que el Rey debía prometerse de armada suya, cuando las de simples caballeros sin renta tenían espantada á la costa de África; insinúa, sin embargo, parecerle preferible el sistema experimentado, porque nada costaba al Erario y daba fruto sin más que abrir las manos en las licencias. «Á los caballeros no es menester tenellos á sueldo, dice; que luego se hallarán cuantos quisieren, como

<sup>1</sup> *Boletín de la Academia de la Historia*, t. xxv, pág. 170. Septiembre, 1894. Títulase *La guerra del moro á fines del siglo xv*.





se hallan cada vez que dicen que quieren ir hacer cabalgada, y con su buena voluntad se excusaría la gente de á pie y de á caballo, sostenida para la guarda de la costa de España, y las galeras reales que buscan á los moros; andándose (estas galeras) de Gibraltar á Málaga y de Málaga á Cartagena, andando en añazas (sic) y en placeres, y mariscando por las peñas de la costa, esperando á que les viniesen á decir los guardas *en tal parte han salteado*; de manera que cuando la flota lo sabía que habían salteado, los moros estaban ya en Veles ó en Orán.» «Si la guerra se hace como dicho tengo (proseguía), los moros ternán tanto que hacer en guardar sus lugares y tierras, que olvidarán de venir á hacer guerra á la costa de Granada; de manera que los navíos de los moros no se han de buscar, si no si acaso toparen con ellos: que gente de África es de tal condición, que cuando no les guerrear luego vienen á guerrear donde hallan más amaño (sic), y cuando los guerrear, dejan de guerrear y ponen su cuidado en guardarse; y aun esto no saben bien hacer, guardarse, que todavía los toman como á ganados.»

En apoyo de las apreciaciones del autor, no del todo exageradas ó jactanciosas, son de citar los informes de maestre Ramiro, Baeza, el de Moclin, y Lope de Mesa, enviados á Berbería por el rey D. Fernando en 1493; la *Relación de la costa de aliende*, remitida al cardenal Cisneros por el comendador Juan Gaitán, y el memorial y cartas del secretario de sus Altezas, Hernando de Zafra <sup>1</sup>, que en muchos puntos coinciden con el anónimo adalid.

«Un mi sobrino, hermano de Lorenzo de Zafra (escribía), entró esta semana pasada desde Gibraltar con tres fustas y dos tafureas, y sacó del campo de Taraga 33 moros y 200 vacas, dellas muertas y dellas vivas, y dicen que mataron muchos moros.»

«Las nuevas que hay de allende (comunicaba en otra ocasión) son éstas: de la parte de Fez dicen que están de acuerdo de derribar todas las fortalezas de la costa y meterse en la

<sup>1</sup> *Colec. de docum. inéd. para la historia de España*, t. LI, pág. 72-74-92, citadas por el Sr. Jiménez de la Espada.



costa adentro, porque desta manera dicen que<sup>r</sup>piensan tener algún remedio contra las fuerzas de vuestras Altezas.

»Del reino de Tremecén he sabido que se han pasado al Levante todos los andaluces, que non queda sino el Rey que allá fué, con hasta diez de los suyos, y que todo el reino está temblando y con las llaves en la mano.....

»De Túnez y de Bugia asimismo he sabido que se han ido todos los andaluces y la mayor parte de la gente, y que no paran en Alejandria ni en Damasco, si non que todos pasan, dellos á Meca, y dellos á una gran ciudad questá en medio del Asia que se llama Bohara; y que es el temor tan grande que hay en todos y la certeza que tienen de ser perdidos, que así creen en ello como en Mahoma.»

No parece que D. Fernando *el Católico* conformara con las opiniones de los informantes; cesó en las licencias á particulares; prohibió el corso por la pragmática de 12 de Enero de 1489; mas por cédulas contradictorias expedidas en Zaragoza en 30 de Junio de 1498, lo autorizó sin limitación á los armadores de Guipúzcoa y Vizcaya; lo consintió, como se ha visto, en los mares de Italia; de modo que solamente para las correrías en Africa prevaleció la abolición, por el sentido moral tal vez aplaudida, por el sentido práctico censurada en el memorial del adalid, como contraria á las conveniencias de la nación. De sus efectos podrá juzgarse por los capítulos siguientes.

---